**LAS MUJERES Y LA
ECONOMIA MUNDIAL:
ALGUNAS SUGERENCIAS
PARA UN PAPEL MAS
CREATIVO DE LA MUJER
EN EL DESARROLLO
INTERNACIONAL**

MARY P. BURKE

INTRODUCCION

La economía, nacional y mundial, ha ocupado el primer lugar en la conciencia pública durante los últimos años y todo parece indicar que seguirá en esa posición por algún tiempo todavía. Una faceta de la economía que atrae cada vez más la atención es la relación existente entre los países industrializados (Norte) y los países en vías de desarrollo (Sur), así como los llamados en pro de un cambio fundamental en esa relación. Las presiones en favor de una reestructuración del orden económico internacional son múltiples. La justicia exige que las personas tengan lo suficiente para comer y los medios para llevar una vida verdaderamente humana. Para lograr un mundo en paz es necesario, de hecho, llenar los requerimientos humanos básicos. Un nivel confortable de vida del mundo desarrollado, dependiente como es éste del acceso a los mercados mundiales tanto para obtener materias primas como para vender sus productos, requiere de cooperación internacional. Los esfuerzos realizados por los países del Tercer Mundo para hacer realidad el cambio han sido también un poderoso factor motivante. Todo lo cual arguye en favor de un cambio hacia un nuevo orden económico internacional.

La versión original inglesa de este artículo apareció en noviembre de 1976 como "Women's Memorandum No. 5" del Center of Concern, Washington, D.C., Estados Unidos. Su traducción castellana es obra de Vivian M. Mota.

La dependencia del mundo desarrollado/industrial de las materias primas producidas por el mundo en vías de desarrollo, así como la habilidad del Tercer Mundo de hablar con una voz unánime en las negociaciones internacionales, proporciona a los países en vías de desarrollo un poder que no habían tenido antes. Es probable, por consiguiente, que los países del Tercer Mundo lleguen a alcanzar algunos de sus objetivos por un nuevo orden económico internacional —siendo muy posible que esas ganancias las obtengan a costa de los actuales países “pudientes”.

Sean cuales fueren los detalles de los arreglos futuros, el orden económico mundial y la lucha por cambiarlo influenciarán la vida de las mujeres. En los Estados Unidos y en el resto del mundo industrializado, el cambio que se está desarrollando puede significar un crecimiento económico más lento y presiones por estilos de vida más “simples”. A la mujer, en su papel de ama de casa y criadora de los hijos, le será asignada la principal responsabilidad que de hacer realidad en la vida cotidiana ese estilo de vida más simple. A ella se le encargará cambiar los patrones de consumo y ocuparse del impacto emocional y psicológico que una economía cambiante tendrá en la familia. Además, su propia situación económica estará sujeta a cambios y constreñimientos, incluyendo diferentes oportunidades de empleo. Para las mujeres en los países en vías de desarrollo, el nuevo orden puede significar un mejor standard de vida —más comida, oportunidades de empleo y educación. Pero estas mejoras no serán automáticas, ya que las mujeres tienen poco poder y sus intereses poseen una baja prioridad a nivel nacional y mundial. Tendrán que trabajar para conseguir cualquier avance.

Para que las mujeres puedan responder a la cambiante situación de una manera positiva y creativa, es esencial ante todo que lleguen a entender aquellos asuntos y procesos globales mediante los que se intenta resolver el actual conflicto de intereses y metas. Hasta el momento, a la mujer se le ha negado de forma efectiva el acceso a esa comprensión. En un esfuerzo por contribuir a la autoeducación que las mujeres consideran necesaria, este trabajo examinará el problema del crecimiento económico y los componentes de las actuales estrategias del desarrollo —comercio, ayuda internacional, deuda externa y transferencia tecnológica— así como sus relaciones con la mujer dentro de un contexto global. El trabajo examinará también, aunque sólo brevemente, algunos de los instrumentos claves y foros internacionales dedicados a reestructurar el orden económico.

Este trabajo representa un modesto primer paso por esquematizar y asociar algunos de los elementos más importantes del reto que afrontan las mujeres para feminizar el mundo y el orden económico del futuro. Esperamos que pueda estimular definiciones más refinadas de los problemas y de las estrategias apropiadas a seguir.

Una asunción básica del trabajo es que la mujer tiene el derecho y la responsabilidad de trabajar junto al hombre en la construcción de un mundo más justo. La integración de la mujer en todos y cada uno de los aspectos de la vida social, incluyendo la toma de decisiones económicas, podría originar cambios profundos. Cuando menos, aquellas preocupaciones humanas llamadas ahora "asuntos de mujeres" deberían pasar a formar parte de la corriente principal de la vida pública.

I.— LA META DE UN NUEVO ORDEN MUNDIAL: EL DESARROLLO

Cualquiera que sea el tema o el fórum, el desarrollo es un factor siempre presente en todas las consideraciones sobre el orden mundial actual y futuro. Todas las decisiones internacionales —aun aquellas pertinentes sólo al mundo desarrollado, el Norte— se analizan y juzgan a la luz de su impacto sobre el mundo en vías de desarrollo, el Sur. Esta atención consciente sobre el desarrollo es un fenómeno reciente en los asuntos mundiales, resultado de la reconstrucción de Europa después de la Segunda Guerra Mundial y del fin del poder colonial en África y Asia.

El modelo particular de desarrollo que se elija es crucial para la mujer. Históricamente en desventaja por considerársela casi exclusivamente reproductora y criadora de niños, la mujer es aún más discriminada cuando son criterios económicos los que establecen las prioridades de la vida nacional. Las necesidades y preocupaciones femeninas son consideradas como "secundarias" ante las necesidades "reales" de la economía. El modelo de desarrollo actualmente dominante —modelo originado en el mundo industrializado— se basa en consideraciones económicas.

El desarrollo ha sido y todavía es considerado por muchos expertos principalmente como crecimiento económico; es decir, como un aumento constante en la cantidad y consiguientemente el valor de todos los bienes "productivos" y servicios, el Producto Nacional Bruto (PNB) de un país. Este crecimiento del PNB está generalmente acompañado por un aumento en el ingreso promedio per cápita. (El hecho de que el ingreso promedio per cápita aumente o no y en qué medida depende también del crecimiento de la población.) La expectativa resultante es que si el PNB crece a una tasa suficiente, el país tendrá los recursos que necesita para modernizarse y dentro de un período de tiempo relativamente corto podrá hacer frente a las necesidades materiales de sus ciudadanos. La industrialización y la producción de bienes de exportación (comercio exterior) son vistos como dos elementos claves dentro del proceso. Y puesto que la ayuda e inversiones

extranjeras son también claves, la dependencia del orden económico internacional —mercados y recursos externos— es una característica de este modelo de desarrollo.

Otros analistas, tanto del mundo desarrollado como del mundo en vías de desarrollo, al examinar críticamente este énfasis de casi treinta años sobre el crecimiento económico, ponen en duda las asunciones básicas del modelo. En efecto, observan un PNB y un ingreso promedio per cápita que aumentan lentamente. Pero también advierten cómo crece dentro de cada país la brecha entre los muchos pobres y los pocos ricos, al igual que ocurre con la brecha entre los países ricos y pobres. De modo semejante detectan una seria escasez de alimentos, un crecimiento urbano fuera de control, un desempleo masivo, así como una miseria siempre en aumento para la mayoría de la población.

El verdadero desarrollo no es primordialmente crecimiento económico, aseguran estos críticos, sino que consiste más bien en “un proceso por el que se obtienen ganancias materiales y sociales de tal manera que con ellas se enriquezca la vida de las grandes mayorías”. El crecimiento económico constituye una parte importante de ese proceso, pero no más que una parte. El aumento en la producción de bienes y servicios debe contrapesarse con un aumento similar en la **distribución** de los beneficios resultantes. Los recursos de cada país deben emplearse ante todo para beneficio de sus propias poblaciones. El comercio exterior normalmente es menos importante que el desarrollo de mercados internos. El desarrollo rural —un mejor nivel de vida en el campo y una mayor producción agrícola— debe tener prioridad sobre la industrialización, en vez de estar subordinado a ésta.

La meta de este segundo modelo de desarrollo, que concentra su interés en los beneficios sociales, es incrementar la capacidad de los individuos de asumir el control de sus propias vidas y permitir a cada país hacerse cargo de su propio destino. Este modelo, respaldado por un número creciente de países del Tercer Mundo, necesita de cambios radicales en el orden económico y político tanto nacional como internacional. Es este último, el esfuerzo por cambiar el orden político y económico internacional, lo que constituye la base del conflicto entre el Norte y el Sur.

El Impacto sobre la Mujer

Ningún país, desarrollado o en vías de desarrollo, toma en cuenta al calcular el PNB — o sea el trabajo “total” realizado en el país— las contribuciones hechas por las mujeres situadas fuera de la fuerza “productiva” de trabajo. En efecto, a pesar de los mitos y de las protestas en sentido contrario, no se da valor

económico alguno a los servicios de crianza, apoyo y mantenimiento prestados por las mujeres, sin los cuales ninguna sociedad podría sobrevivir. Las consecuencias de esta exclusión del trabajo femenino —y de hecho de las mujeres mismas— son comunes en todas partes. Pero esas consecuencias resultan particularmente opresivas para las mujeres del Tercer Mundo, donde los rápidos cambios están erosionando viejos derechos y protecciones para la mujer sin proveer reemplazos efectivos para ellos.

La mujer se ve excluida de las estructuras de toma de decisión, aun cuando esas decisiones tengan un impacto directo en su vida. Sin embargo, éste no ha sido el caso siempre ni en todo lugar. Las mujeres de algunas aldeas de Africa y Asia, por ejemplo, perdieron su voz real y efectiva en las decisiones locales en tiempos relativamente recientes bajo el impacto de la administración y ejemplo coloniales.

La exclusión de las mujeres de las estructuras de toma de decisión las ha tornado invisibles, especialmente en sus funciones no-domésticas. De ahí que economistas del desarrollo, técnicos agrícolas y expertos en desarrollo rural, por ejemplo, no “vieran” que en muchas partes de Africa la mayoría de los agricultores eran mujeres. Programas de entrenamiento; tecnología moderna en forma de semillas, fertilizantes, irrigación y maquinaria; así como créditos y acceso a los mercados; todo ello fue puesto a disposición de los agricultores masculinos, no de los femeninos. La meta de esta atención a la agricultura era el desarrollo de un sector agrícola orientado a las exportaciones —café, cacao y fibras, por ejemplo. Sus resultados fueron: 1) un sector agrícola moderno, orientado hacia un mercado de exportación, yuxtapuesto a un sector agrícola de subsistencia doméstica —ya que las mujeres continuaron produciendo alimentos para sus familias, al mismo tiempo que colocaban lo sobrante en el mercado; y 2) una creciente dependencia de proveedores extranjeros de alimentos, puesto que los agricultores de subsistencia, las mujeres, no podían satisfacer las necesidades alimenticias de los centros urbanos en expansión. No fue sino hasta 1974, año en que la hambruna amenazó al mundo, cuando los hombres “advirtieron” el papel desempeñado por las mujeres en la producción de alimentos.

La mujer no recibe una porción justa de los beneficios de la sociedad. He aquí otra verdad evidente que ha tenido un impacto mayor en el mundo en vías de desarrollo que en el industrializado. La educación es clave para el desarrollo personal y social. En tanto que las oportunidades educativas se han expandido, las mujeres no se han beneficiado en la misma proporción. Aun en los Estados Unidos, la educación vocacional para la mujer es limitada; y la que existe la prepara solamente para empleos “femeninos”, de baja remuneración. Según un reciente informe de la UNESCO, hay en la actualidad cerca de 500 millones de mujeres analfabetas; lo que equivale al 62 por ciento del total mundial de analfabetos. En

1970, las mujeres constituían el 60 por ciento de todos los analfabetos adultos, mientras que en 1960 eran sólo el 58 por ciento. En el mundo en vías de desarrollo se pone a trabajar a las niñas a edades tempranas en el cuidado de sus hermanos y hermanas o en otras tareas domésticas por ser ellas necesarias y "no requerir de una educación".

En forma creciente, sin embargo, se exige que la mujer se sostenga a sí misma y a su familia. El 39 por ciento de todas las mujeres mayores de 16 años en los Estados Unidos trabajan fuera del hogar porque lo necesitan. Las mujeres jóvenes en la América Latina, al no poder trabajar en el campo, se desplazan a las ciudades. Allí, analfabetas, sin entrenamiento e ignorantes de las complejidades de la vida urbana, muchas se convierten en servidoras domésticas, otras en prostitutas. Algunas de las que trabajan como domésticas ganan salarios decentes y logran construirse una vida verdaderamente humana. Pero para otras tantas entre ellas, la vida en el servicio doméstico es casi una esclavitud. Sus maridos, regularmente inmigrantes como ellas o trabajadores de subsistencia, con mucha frecuencia las abandonan a ellas y a sus hijos al no poder proporcionarles sustento.

Las mujeres del Africa Occidental han sido siempre las encargadas de intercambiar productos en los mercados, estableciendo allí diariamente puestos de venta y pregonando su mercancía. Actualmente, tiendas permanentes con mercancía estandarizada reemplazan los puestos de venta y no se encuentran mujeres ni como empleadas ni como administradoras en esas nuevas estructuras. Aisladas de la educación, del crédito y del acceso a los nuevos sistemas de mercadeo, el moderado nivel de vida que ellas y sus hijos una vez tuvieron se ve reducido ahora a un nivel de subsistencia. Y al mismo tiempo que pierden su capacidad de contribuir económicamente al sostenimiento de su familia, estas mujeres pierden también su status y su sentido de autoestima.

Con frecuencia a la mujer se la ve como un objeto, como un problema que debe resolverse, más bien que como una persona que toma opciones inteligentes en el contexto de su realidad. Un excelente ejemplo de esto lo constituye el enfoque actual dado al problema poblacional. No hay dudas sobre las severas presiones que sobre los recursos de toda índole ejerce el crecimiento demográfico en muchos países en vías de desarrollo. Pero la solución ofrecida por la mayoría de las agencias donantes estadounidenses y europeas ha sido la de organizar programas de control poblacional que, dirigidos primordialmente a la mujer, descansan casi en su totalidad en técnicas mecánicas y pasan por alto la realidad presente en que se encuentra un gran número de mujeres. Muchos de esos programas no ofrecen alternativa al único símbolo de status social que las mujeres normalmente poseen —sus hijos. Ni toman tampoco en consideración los factores sociales, muy reales por cierto, que hacen que las familias numerosas sean una necesidad; a sa-

ber, que los hijos vivos son con frecuencia la única seguridad con que muchas parejas cuentan para su vejez y que el trabajo de los niños libera a la mujer del peso de algunas tareas de la granja. Es evidente que la creación de una sociedad más justa constituye un factor importante para reducir el crecimiento poblacional. Sin embargo, a los países del Tercer Mundo que tratan de actuar conforme a este convencimiento se les acusa a menudo de no prestar atención a su problema demográfico y se les amenaza a veces con retirarles la ayuda exterior.

Los Cambios Necesarios

Para mejorar las condiciones de vida de la mujer, especialmente en los países en vías de desarrollo, se necesitan tres cambios interrelacionados: 1) las mujeres deben adquirir mayor visibilidad social y valorarse más como personas; 2) el proceso de toma de decisiones a nivel doméstico, tanto en el Norte como en el Sur, debe reflejar el convencimiento de que el crecimiento/desarrollo significa el enriquecimiento de todos los aspectos de la vida para todas las personas; y 3) el orden político y económico internacional debe estructurarse de forma tal que cada país tenga una voz efectiva en las decisiones y le esté asegurado un tratamiento justo dentro del orden mundial.

La Década de la Mujer de las Naciones Unidas (1976-1985) puede contribuir mucho a integrar a la mujer en un proceso de desarrollo que promueva estos cambios tan necesarios. Los Estados Unidos, por ser el máximo poder mundial político y económico, tienen también un papel crítico que desempeñar. La Enmienda Percy a la Ley de Ayuda Exterior ordena que en todas las asignaciones hechas por la Agencia Internacional para el Desarrollo (AID) se tenga en cuenta el impacto que ellas pueden ejercer sobre las mujeres. Esta enmienda podría resultar un instrumento muy efectivo para promover las oportunidades de la mujer del Tercer Mundo: 1) si un número mayor de funcionarios en las misiones de la AID fuesen mujeres dotadas de sensibilidad hacia su actual condición (hoy en día la AID se queja de que desde el terreno de acción se le someten pocos proyectos buenos, sin reconocer cuán pocas mujeres dentro de su estructura ocupan posiciones en las que se tomen decisiones); y 2) si las mujeres en general adquiriesen una mayor conciencia y expusiesen abiertamente sus críticas acerca de los actuales programas de la AID.

Igualmente importantes son las políticas que los Estados Unidos adopten en relación con las diversas negociaciones internacionales que se celebran en la actualidad para reestructurar las relaciones económicas globales. Sin la creación de un orden mundial más justo y humano, la tarea de reestructurar las instituciones domésticas de modo que logren satisfacer las necesidades humanas más bási-

cas puede resultar imposible para muchos países. Quienes tienen en sus manos las decisiones políticas en los Estados Unidos se enfrentan a un número de opciones. Pueden, en primer lugar, hacer frente a los conatos de cambio, descartando cada asunto que les sea presentado meramente como un nuevo intento, por parte de quienes no desean trabajar, por destruir un sistema satisfactorio. O bien pueden transigir ante las demandas del Tercer Mundo; es decir, pueden escuchar, cambiar el estilo de la diplomacia estadounidense y aun aceptar algunos cambios, ninguno de ellos básico, en las actuales estructuras operativas. O, finalmente, los Estados Unidos y otros líderes mundiales pueden entrar en un diálogo serio que reestructure disposiciones políticas y económicas básicas a fin de crear un orden mundial más justo. Hasta la fecha, en diversos terrenos, los líderes políticos norteamericanos han adoptado solamente la primera o la segunda opción. El resultado ha sido incrementar la tensión entre los Estados Unidos y los países en vías de desarrollo.

II.— ALGUNOS COMPONENTES IMPORTANTES DE LA ECONOMIA MUNDIAL MODERNA

De entre todos los tópicos internacionales, el del comercio mundial tiene la más alta prioridad; especialmente desde que los países del Tercer Mundo consideran al comercio, más que a ningún otro factor individual, como de importancia vital para su desarrollo. La deuda pública y su pago, la ayuda económica y la transferencia tecnológica son vistos también como elementos claves en las relaciones entre los países ricos y pobres. La mayoría de las personas conoce muy poco de esos asuntos, porque acerca de ellos parece existir una cierta "mistificación" que desvía la atención pública. Sin duda, los temas son complejos y envuelven muchos detalles técnicos. Pero las políticas que determinan las decisiones específicas y el impacto que diferentes políticas y decisiones tienen en la vida de las personas no son misteriosos ni técnicos.

El Comercio

Las mujeres de los Estados Unidos pueden creer que el comercio mundial está lejos de sus vidas y sus preocupaciones inmediatas. La realidad, sin embargo, contradice esa creencia. El chocolate, el cacao, el té, el azúcar, el café, las nueces, los plátanos, los dátiles y otras frutas tropicales, así como también el caucho, la lana, los vestidos (compruebe sino la etiqueta de una de sus camisas o blusas), los zapatos, los aparatos de televisión; es decir, la lista de artículos de consumo dia-

rio importados por los Estados Unidos desde países en vías de desarrollo continúa indefinidamente. Lo mismo les ocurre, aunque en menor grado, a las mujeres del Tercer Mundo, cuyo universo incluye máquinas de coser, de escribir, maquinaria —especialmente cierta maquinaria agrícola—, medicinas, etc. Todo ello les llega desde más allá de sus fronteras.

El comercio internacional es una realidad de la vida, pero muy pocos de nosotros conocemos detalle alguno al respecto fuera del precio que pagamos por cada producto. Con frecuencia presumimos que la mayor parte de ese precio regresa al productor original; pero éste, sencillamente, no es el caso. Sólo un 40 por ciento del precio del café instantáneo, por ejemplo, retorna al productor. Para conseguir ese ingreso, él o ella cultivan las plantas por espacio de cinco años antes de que germinaran las semillas. Después, los agricultores necesitaron recoger, sacar y moler el fruto maduro de aproximadamente cinco árboles para producir un frasco de ocho onzas de café. Con su 40 por ciento, el productor pagó salarios e impuestos. El procesado representa un 25 por ciento del costo; y la distribución, incluyendo la propaganda, otro 25 por ciento. El 10 por ciento restante es el beneficio que le queda a la compañía que compró el café al agricultor. (Para más información al respecto, véase el *New Internationalist*. Núm. 38, abril de 1976, pág. 15.)

El café sirve como una buena ilustración acerca de algunos de los problemas que encaran en el mercado mundial los países en vías de desarrollo. El café se convierte en un producto de más valor una vez que es procesado. Las barreras arancelarias, sin embargo, son desproporcionadamente más altas para los productos procesados que para las materias primas. De ahí que, excepto por una pequeña cuota establecida anualmente, al café procesado en el país de origen le esté vedada la entrada al mercado norteamericano. Además, el mercado mundial del café (con un valor de exportación para los países en vías de desarrollo de más de US\$4,000 millones en 1974) está controlado por menos de veinte firmas multinacionales. Estas firmas desempeñan un papel vital en la fijación de los precios tanto de los granos originales como del producto final. El último obstáculo que debe encarar el país exportador de café es el precio obtenido por su propio producto, en contraste con el costo de los bienes manufacturados que debe adquirir con las ganancias del café. Aunque los precios de las materias primas como el café han aumentado en los pasados seis años, este incremento no ha marchado parejo con el costo creciente de los bienes importados manufacturados. Así, en 1975, se tuvo que vender más café para poder comprar la misma cantidad de bienes que 1969. Más aún, hay un límite para la cantidad de café y productos similares que las personas pueden consumir. Por consiguiente, algunos países se encuentran en una paralizante coyuntura dada por la simultánea caída de los precios de sus exportaciones, lo limitado del mercado y el aumento del costo de las importaciones que necesitan para su desarrollo.

La Deuda Pública

Con la excepción de las naciones productoras de petróleo, la deuda pública ensombrece la situación económica de todos los países en vías de desarrollo. Las deudas contraídas son grandes —por encima de US\$150,000 millones a fines de 1975— y la carga que supone restituir lo debido se ha hecho casi insostenible para los países más pobres del Tercer Mundo. Este problema es particularmente irritante debido a que el reciente y dramático aumento en el endeudamiento se debe a factores fuera del control de los países en vías de desarrollo: una agudeza en los precios de los energéticos y los alimentos; la inflación en el costo de productos manufacturados esenciales de importación; y una reducción en la demanda de sus propios productos, causada por la recesión mundial. Al hablar de sus deudas, los líderes tercermundistas señalan también que muchos de los préstamos gubernamentales a sus países se gastan en las naciones prestamistas, sirviendo así de estímulo a las economías de éstas.

Una vez más, un asunto que a primera vista parece remoto ejerce de hecho un gran impacto en la vida femenina. La necesidad de saldar las deudas existentes y la resistencia natural por parte de los países a contraer nuevas deudas que no sean esenciales son factores que determinan las prioridades nacionales. El verdadero desarrollo rural, así como la educación, el cuidado de la salud y otros beneficios sociales —todos los cuales son asuntos de especial interés para las mujeres— deben competir con planes para aumentar las exportaciones, con proyectos para una agricultura más eficiente (frecuentemente del tipo capital intensivo) y con las necesidades percibidas de seguridad militar. A pesar de los cambios ocurridos en las teorías del desarrollo, los proyectos beneficiosos para la mujer experimentan serias dificultades al tener que competir con fondos escasos.

La Ayuda Exterior

La necesidad continua de ayuda exterior y las críticas que a ella se hacen han sido incentivos importantes para reexaminar el concepto de desarrollo. El impacto negativo que ese proceso ha tenido sobre la mujer se debe en no pequeña medida, como queda ya apuntado en este trabajo, al tipo de políticas de ayuda exterior que se haya adoptado.

Sin embargo, a pesar de las numerosas críticas a la ayuda exterior y del deseo de los países de poner término a relaciones que, como las existentes entre donantes y receptores, generan dependencia, existe aún una gran necesidad de préstamos y donaciones que son las formas básicas de la ayuda exterior. Hay muchos programas esenciales para los cuales se necesitan fondos que los países en vías de desarrollo pueden obtener a través de instituciones comerciales de préstamo, ya que los beneficios económicos de esos programas o no pueden ser claramente

identificados o se obtendrán sólo a largo plazo. Ejemplos de esta situación son las carreteras y muchos proyectos agrícolas de la mujer —salud, nutrición, así como educación— dependen en gran medida de fondos provenientes de la ayuda exterior.

Con estas necesidades en mente, la Segunda Década del Desarrollo fijó una meta para la ayuda oficial al desarrollo, consistente en el 0.7 por ciento del PNB de cada país industrializado. En 1960, la contribución de los Estados Unidos llegó a ser de 0.53 por ciento de su PNB; pero en 1974 esa contribución bajó un 0.25 por ciento, lo cual equivale a US\$1.62 por persona anualmente. En 1973, los Estados Unidos dedicaron el equivalente de US\$373 por persona a gastos militares; y los estimados para el período 1975-1977 indican que habrá mayores reducciones a la ayuda económica exterior y aumentarán los gastos militares.

La Transferencia Tecnológica

La tecnología que está siendo introducida en el mundo en desarrollo tiene múltiples impactos. Puede reemplazar el trabajo fatigante, aumentar la productividad y reducir la dependencia de los abastecimientos domésticos. Pero esa misma tecnología, si no es incorporada sabiamente al esfuerzo total para el desarrollo, puede también incrementar el desempleo, destruir la industria artesanal, aumentar el consumo de energía y producir artículos de lujo a expensas de las necesidades diarias básicas. Mucha de la tecnología exportada por los países desarrollados ha sido avanzada, costosa y frecuentemente disminuye la necesidad de mano de obra por requerir tan sólo de unos pocos obreros altamente calificados. La necesidad de tecnología, sin embargo, no puede ser menospreciada. Sin una tecnología moderna apropiada, los países en vías de desarrollo no serán capaces de producir los bienes y servicios que sus pueblos necesitan. En términos de la tecnología disponible, nuevamente encontramos que las mujeres han sido las menos beneficiadas. Son ellas a menudo quienes pierden su empleo. Así, por ejemplo, las mujeres arrieras en Asia y Africa han sido reemplazadas por camiones. Pero los choferes de esos camiones son hombres. La industria doméstica de tejidos ha desaparecido ante la instalación de fábricas manufactureras de textiles. Las mujeres rara vez encuentran empleos o trabajos sustitutivos; y aquéllas que los hallan, por lo regular trabajan en condiciones onerosas, viendo cómo sus productos se dirigen al mercado de exportación.

Las necesidades tecnológicas femeninas más obvias han sido ignoradas. Por ejemplo, las mujeres de las zonas rurales de Asia, Africa y la América Latina —que constituyen más del 60 por ciento de la población femenina mundial— gastan una cantidad desproporcionada de su tiempo preparando alimentos básicos, en especial granos triturados a mano. En partes de América Latina y la India, unas pocas mujeres pueden ya comprar harina en los nuevos molinos comercia-

les; pero el costo es alto y el valor nutritivo del alimento frecuentemente se pierde durante su procesamiento. Lo que se requiere, pues, es una moladora no muy grande, barata y manejada a mano que llene las necesidades de las comunidades pequeñas. Ya están disponibles algunos de estos aparatos y, con algo más de tecnología, muy bien podrían satisfacer a un costo relativamente bajo las necesidades mencionadas. La lista continúa: maquinaria agrícola sencilla, otros tipos de equipo para pequeñas industrias, estufas más eficientes pero baratas, carretillas sencillas de carga, refrigeración que use energía de bajo costo y esté disponible para uso de la comunidad, etc.

Al enfatizar las necesidades tecnológicas de la mujer, es importante insistir en que la tecnología llene necesidades reales y se ofrezca con honestidad. Esto no ha sido siempre el caso. Por ejemplo, las campañas para convencer a madres africanas y latinoamericanas de que los sustitutos procesados de la leche son mejores alimentos para los infantes han dado frecuentemente como resultado el empeoramiento de la salud y nutrición de esos niños. Las mujeres, en un esfuerzo por hacer lo que se les ha dicho ser "lo mejor" para sus bebés, han respondido a la publicidad dejando de lado un alimento esterilizado, nutritivo y barato como es la leche materna. Sin embargo, a menudo esas madres carecen del dinero necesario para comprar suficiente leche procesada, así como de los medios para asegurar que el agua y los utensilios usados para mezclarla estén esterilizados. Los resultados son más bebés enfermos.

III.— INSTRUMENTOS Y FORUMS DEDICADOS A UN NUEVO ORDEN ECONOMICO MUNDIAL

El proceso de reestructurar el orden global y político es en el mejor de los casos lento y desigual. En nuestro tiempo, este proceso se ve obstaculizado por la falta de una visión unánime de lo que el futuro puede y debe ser; así como por el hecho de que las relaciones entre los segmentos del sistema global son reconocidos solamente en momentos de crisis. El efecto ha sido, con demasiado frecuencia, un cambio a desgano en respuesta a una necesidad inmediata; prestándosele poca atención al modo como las piezas encajan unas con otras y a cuáles sean las consecuencias a largo plazo. Los esfuerzos por cambiar este enfoque se han visto frustrados por la negativa de algunos países, sobre todo los Estados Unidos y otras grandes naciones industriales, de admitir la necesidad de profundos cambios estructurales.

En la actualidad, hay tres grandes vehículos a través de los cuales se ha es-

tado canalizando la discusión sobre la reestructuración del orden económico mundial: las Décadas del Desarrollo, el diálogo sobre el Nuevo Orden Económico Internacional y una serie de conferencias internacionales especializadas. Las Naciones Unidas desempeñan un papel substancial en todas estas actividades. En la siguiente sección se examinarán brevemente cada uno de estos esfuerzos.

La Primera y Segunda Décadas del Desarrollo

En un esfuerzo por enfocar los recursos mundiales de manera que llenen las necesidades de los pobres del mundo, las Naciones Unidas proclamaron los años 1961-1970 como la Primera Década del Desarrollo de la ONU. A fin de revisar el compromiso contraído y estimular más la acción, el período 1971-1980 se ha convertido en la Segunda Década del Desarrollo. Y porque todavía la pobreza domina la mayor parte del mundo, 1981-1990 será la Tercera Década del Desarrollo. Los planes para las dos primeras Décadas han sido dobles: 1) movilización nacional para el desarrollo; y 2) coordinación de esfuerzos internacionales a fin de proveer un apoyo adecuado y consistente.

La Primera Década del Desarrollo resultó tanto en éxitos como en fracasos. El PNB en muchos países creció efectivamente, pero también lo hizo la brecha entre los países ricos y pobres. Se controlaron grandes y debilitantes enfermedades, descendieron las tasas de mortalidad, más niños recibieron educación y aumentó la producción agrícola. La Década resultó ser una experiencia educativa internacional; ya que expertos, líderes mundiales y locales, y miembros de grupos de base llegaron a comprender que muchas de las teorías existentes sobre el desarrollo eran inadecuadas o falsas.

La mujer se vió particularmente oprimida durante la Primera Década. Sus necesidades y contribuciones pasaron desapercibidas. Fue una época en la que muchos proyectos de desarrollo contribuyeron más a socavar el status de la mujer que a promover su bienestar. Las organizaciones preocupadas por la condición de ésta concentraron sus esfuerzos en satisfacer las necesidades femeninas más inmediatas y, al igual que ocurrió con otras instituciones, no advirtieron o ignoraron las condiciones estructurales que controlan la vida de la mujer. Sin embargo, ésta empezó a comprender su importancia dentro de la vida social y nuevas redes de apoyo y cooperación comenzaron a desarrollarse.

La Segunda Década del Desarrollo se encuentra ahora a mitad de su curso y todo parece indicar que, aunque se han hecho importantes progresos, sus metas no serán alcanzadas. Las numerosas crisis a las que el mundo se ha tenido que enfrentar han desviado recursos y energías del esfuerzo por el desarrollo. Además, los países del Tercer Mundo no han sido capaces de incorporar adecuadamente dentro de sus propios planes de desarrollo muchas de las lecciones de la Primera

Década. De nuevo, no obstante, han habido logros y satisfacciones. El Año Internacional de la Mujer se celebró a mitad de la Segunda Década y como resultado suyo las mujeres y sus preocupaciones saltan ahora más a la vista. Las evaluaciones de Naciones Unidas respecto a los esfuerzos por el desarrollo incluirán en adelante análisis del status de la mujer. También se está prestando más atención a la necesidad de distribuir los beneficios del desarrollo entre los pueblos más pobres del mundo —incluyendo en ellos a muchas mujeres.

El Nuevo Orden Económico Internacional y la Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados

De las experiencias de las Décadas del Desarrollo y de los diálogos entre líderes nacionales han emergido dos documentos: la Declaración sobre el Establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional y la Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados. Ambas, aprobadas en las sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1974, expresan la posición de los países en vías de desarrollo con relación a un orden mundial reestructurado.

Ni la Declaración ni la Carta abarcan todas las cuestiones fundamentales que afronta la comunidad mundial. Sin embargo, ellas proveen aperturas significativas para un cambio constructivo. Entre otros elementos, los documentos demandan participación igualitaria de todos los países en la solución de los problemas mundiales, especialmente los económicos; el derecho de los países de controlar sus propios recursos naturales; un control coordinado de los países productores a recibir beneficios justos por sus materias primas y bienes semi-procesados; el derecho a una tecnología apropiada; el derecho de los países para formar asociaciones de productores; etc.

Los líderes de los países desarrollados no se sienten a gusto con muchas de esas propuestas. Los Estados Unidos, en particular, objetan las que tratan del derecho de expropiar firmas extranjeras y de controlar los recursos naturales. La mayoría de los líderes del Tercer Mundo reconoce que los países desarrollados tienen preocupaciones y derechos legítimos. Por eso piden, no que el cambio ocurra de inmediato, sino que sus intereses y aspiraciones sean tomados en serio por los líderes del Primer Mundo.

Aun cuando se implementen, ni la Declaración ni la Carta necesariamente beneficiarán por sí solas a las mujeres o satisfarán sus preocupaciones, a menos que las mismas entren a participar en el diálogo que ha comenzado. Hasta el momento, la naturaleza de éste evidencia la necesidad de que las mujeres tomen parte no sólo como expertas, sino también a nivel de las organizaciones de base.

Las Conferencias

El tercer mecanismo para reconstruir el orden internacional ha sido una serie de conferencias mundiales patrocinadas mayormente por las Naciones Unidas. Algunas de estas conferencias han enfocado asuntos particulares, como por ejemplo la igualdad de la mujer. Otras, centrándose en la vida económica, han analizado desde una u otra perspectiva el comercio internacional, el control de los recursos y la deuda externa. Todas ellas han recomendado cambios que influenciarán la vida de la mujer en los países tanto desarrollados como en vías de desarrollo. Todas han informado también sobre la importancia del orden económico internacional y de las políticas domésticas para el tema que nos ocupa.

La breve descripción de seis conferencias mundiales recientes que ahora ofrecemos: 1) identifica el tema central respectivo; y 2) menciona la forma en que cada conferencia se relaciona con el tema de la mujer. Al examinar estas reuniones se ve claramente que, con excepción del Año Internacional de la Mujer, la mujer y sus preocupaciones recibieron poca o ninguna atención.

a) Conferencia del Año Internacional de la Mujer:

La Conferencia del Año Internacional de la Mujer, celebrada en la Ciudad de México en 1975, sirvió para fijar la atención del mundo sobre la mujer, su contribución a la sociedad y las cargas que la abruman, especialmente en el mundo en vías de desarrollo. Los participantes llegaron a darse cuenta de que las mujeres deben tener un papel efectivo en la reestructuración del orden internacional, si es que se quiere realmente servir a los intereses y necesidades femeninos. Se vio claramente la necesidad de efectuar investigaciones del intercambio de información entre las mujeres del Primero y Tercer Mundo. Entre los resultados de la Conferencia se cuentan: 1) la demanda de que se incluya a la mujer en todos los aspectos de la vida pública; y 2) un llamado a las mujeres a que reconozcan su responsabilidad de convertirse en participantes activos y bien informados del quehacer social a todo nivel.

b) La Séptima Sesión Especial:

La Séptima Sesión Especial de las Naciones Unidas, celebrada en septiembre de 1975, fue convocada para discutir el creciente deterioro en la situación económica del Tercer Mundo. La atmósfera inicial de confrontación entre el Norte y el Sur se redujo al llegarse a un acuerdo en principio sobre la necesidad de cambios en el orden económico, así como de cooperación para hacer frente a esa necesidad.

La Séptima Sesión Especial constituye una demostración gráfica de la tarea

a que se enfrentan las mujeres para conquistarse una voz efectiva en las decisiones mundiales. Entre los miembros de las delegaciones a la Sesión hubo muy pocas mujeres; a pesar de una resolución anterior de la Conferencia del Año Internacional de la Mujer en la que se solicitaba la inclusión de mujeres en las delegaciones nacionales a esa Sesión. La única mención a la mujer que aparece en su reporte final es una frase de pasada sobre el cuidado de la salud materna.

c) La Conferencia sobre Cooperación Económica Internacional:

La Conferencia sobre Cooperación Económica Internacional comenzó en diciembre de 1975 en París, y continuará reuniéndose hasta 1977 inclusive. La Conferencia se inició como respuesta a la crisis energética provocada por el embargo del petróleo de 1973 y la subsiguiente alza en sus precios. Como resultado de las negociaciones entre el Norte y el Sur, han estado en sesión cuatro comisiones: sobre energía, materias primas, desarrollo y financiamiento, y problemas monetarios.

Estas comisiones se enfrentan a un buen número de problemas potenciales. Primero, debido a que están trabajando de manera independiente entre sí, existe la posibilidad de que las comisiones adopten enfoques conflictivos y parciales para solucionar temas tan críticos. Segundo, existe el peligro de que la solidaridad del mundo en vías de desarrollo no se mantenga, ya que ésta es la primera experiencia que tienen los 110 países del bloque del Tercer Mundo de hacerse representar por unos pocos de ellos. La solidaridad del mundo en vías de desarrollo ha sido un importante instrumento en los esfuerzos por un cambio estructural y una división en estos momentos obstaculizaría la lucha. Sin embargo, existen diferencias significativas entre los países en vías de desarrollo; diferencias que los países desarrollados han intentado explotar con miras a dividirlos.

Esta conferencia, al igual que UNCTAD IV de la que se hablará a continuación, enfocó puntos de tensión entre los países ricos y pobres que, de no ser resueltos con justicia, bien podrían conducir a serios conflictos —boicots económicos, etc., seguidos en algunos casos de enfrentamientos armados. La historia ha demostrado claramente que las mujeres, aunque no participan en la toma de decisiones que conducen a los conflictos armados y a las guerras, llevan luego sobre sí el peso substancial de sus consecuencias. Como amas de casa tienen que enfrentarse primero al racionamiento de la energía, alimentos y otros recursos. Además, sus propios hijos mayores se convierten en combatientes, mientras que ellas y sus hijos más pequeños se convierten en víctimas civiles. Si bien la participación de la mujer en la toma de decisiones sobre asuntos económicos puede que no cambie el patrón que se acaba de describir, vale la pena cualquier intento por modificarlo.

d) UNCTAD IV:

La Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD) evento que se celebra cada cuatro años a fin de tratar los asuntos del comercio y el desarrollo, está apoyada además por un Secretario permanente con base en Ginebra. Los países en vías de desarrollo consideran a UNCTAD como su fórum principal y a él llevan los temas que juzgan ser de importancia crítica para el Tercer Mundo. En la IV Conferencia de UNCTAD, celebrada en Nairobi en mayo de 1975, la agenda incluyó temas que iban desde acuerdos sobre precios hasta problemas relacionados con la ayuda internacional y la deuda externa. No se llegó a acuerdos finales. Sin embargo, se establecieron algunos criterios, tales como un calendario para ulteriores discusiones sobre los temas de la agenda convenida previamente, y el Banco de Recursos propuesto por los Estados Unidos.

Los países en vías de desarrollo desean lograr acuerdos sobre sus productos que tengan como resultado estabilizar el precio de los mismos. Esto significaría, por ejemplo, que las recolectoras de té en Sri Lanka tendrían asegurado un ingreso que, aunque mínimo, sería estable. En algunos países del Tercer Mundo, la garantía de un ingreso estable y realista para sus principales exportaciones, en especial si los precios resultantes van ligados al costo de los bienes manufacturados de importación, aliviaría en parte las presiones económicas y posiblemente reduciría los conflictos domésticos. Esto a su vez crearía una atmósfera en la que el trabajador pobre podría unirse y reclamar una porción justa de los beneficios. La estabilización de los precios tendría también impacto en los Estados Unidos y en otros países desarrollados. En un plazo más o menos largo, los precios al detalle de algunos productos alimenticios de importación —café, té, cacao y posiblemente frutas tropicales como los plátanos— podrían aumentar. Pero, también se evitarían algunas de las alzas súbitas en los precios causadas por desastres naturales como, por ejemplo, el reciente incremento en los precios del café debido a la helada en el Brasil.

e) HABITAT:

Habitat, la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Asentamientos Humanos, se celebró en Vancouver, Canadá, en junio de 1975. El tema central de la Conferencia fue la gente —dónde y cómo viven, así como el tipo de comunidades en que se agrupan. Las mujeres, en particular las amas de casa, emplean gran parte de su tiempo en el hogar y en la comunidad. Sus responsabilidades resultan ligeras o agobiantes dependiendo del tipo de hogar; el grado de organización de la comunidad; y la disponibilidad de mercados o tiendas, fuentes de energía, agua potable, transporte, etc. La Conferencia de Habitat dejó claramente establecido el hecho de que la tecnología está disponible para mejorar las condiciones de vida de casi todas las personas, ya sea que éstas vivan en barrios marginados urba-

nos o en localidades rurales aisladas. Lo que falta es la voluntad política para aplicar esa tecnología. En Vancouver quedó demostrado que la participación de la mujer en la creación y aplicación de esa voluntad política es esencial para construir las comunidades humanas.

f) Conferencia de la OIT sobre el Empleo:

Una reunión patrocinada por la Organización Internacional del Trabajo (OIT) en junio de 1976, como parte del Programa Mundial de Empleo, reunió representantes de gobiernos, organizaciones empresariales y sindicatos con la finalidad de examinar el empleo, la distribución del ingreso y el desarrollo, y la división internacional del trabajo. Un objetivo clave de la Conferencia fue hacer de las políticas generadoras de empleo un elemento fundamental de las estrategias para el desarrollo.

Aproximadamente un 28 por ciento de las mujeres del mundo forman parte de la fuerza de trabajo retribuida; es decir, reciben un ingreso por su trabajo. Pero están entre los trabajadores peor remunerados y son las primeras y más duramente afectadas por el desempleo. Más de la mitad de esas mujeres (52 por ciento) trabajan en el sector agrícola, mientras que un 27 por ciento adicional lo hace en el sector servicios. Un número creciente de mujeres casadas trabaja fuera del hogar —35 por ciento en los Estados Unidos incluyendo muchas con hijos pequeños. En 1976, las mujeres constituían más del 46 por ciento de la fuerza laboral norteamericana. Las proyecciones de la OIT para el resto de este siglo incluyen una creciente participación de la mujer en la fuerza de trabajo, sobre todo en los países desarrollados.

CONCLUSION

A las mujeres se les ha dicho —y ellas lo han aceptado prácticamente como un hecho— que los asuntos mundiales, en especial los económicos, son los hombres quienes mejor los manejan. Una mirada, por rápida que sea, a la historia, demuestra que éste no es el caso. Los hombres, sin importar lo complejo de las causas del fenómeno, han estructurado un orden mundial que no llena las necesidades humanas sino que permite a una pequeña minoría de la humanidad controlar la mayoría de los recursos del mundo. Es importante que las mujeres tengan una voz en la reestructuración del orden económico actualmente en curso; voz que sea unánime y sensible a las relaciones entre las partes del orden mundial y las necesidades humanas. La integración de la mujer a la vida pública no resolverá todos los problemas mundiales, pero ampliará el área de legítima preocupación, sacando a los "asuntos de mujeres" de los márgenes de la atención social. La integración femenina a la vida pública será un paso hacia la cooperación de todas las personas —hombres y mujeres— en la construcción de un mundo más justo.

RESUMEN

El artículo examina, ante todo, el tema del desarrollo socio-económico así como los principales componentes de las actuales estrategias desarrollistas —comercio, ayuda exterior, deuda y transferencia tecnológica— prestando especial atención a su relación con las mujeres dentro de un contexto global. En esta sección, la autora recomienda varios cambios que considera necesarios para mejorar las condiciones de vida de las mujeres, en particular de las que viven en los países del Tercer Mundo.

El artículo examina también algunos de los más importantes documentos y foros internacionales dedicados a la reestructuración de un nuevo orden económico mundial —la Primera y Segunda Décadas del Desarrollo de la ONU, la Declaración sobre el Establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional y la Carta de los Derechos y Deberes de los Estados, así como seis conferencias internacionales de importancia patrocinadas en su mayor parte por las Naciones Unidas.

Finalmente, la autora llega a la conclusión de que a pesar de que la integración de la mujer a la vida pública no resolverá todos los problemas del mundo; sin embargo, ampliará el área legítima de preocupación pública, sacando los "asuntos de mujeres" de los márgenes de la atención social. Con lo que se habrá dado un nuevo paso hacia la cooperación de todos, así hombres como mujeres, en la tarea de construir un mundo más justo.

ABSTRACT

The article examines, first of all, the issue of socio-economic development and the main components of present development strategies —trade, foreign aid, debts, and technology transfer— focusing the attention upon their relationship to women within a global context. In this section, the author recommends several changes which she considers necessary to improve conditions of life for women, especially those in the developing nations.

The article also examines some of the key international instruments and forums devoted to restructuring a new world economic order —the First and Second U.N. Development Decades, the Declaration on the Establishment of a New International Economic Order and the Charter of Economic Rights and Duties of States, as well as six major international conferences sponsored largely by the United Nations.

Finally, the author comes to the conclusion that although the integration

of women into public life will not solve all the world's problems, it will certainly broaden the area of legitimate public concern by moving "women's issues" from the margins of societal attention. In so doing, it will also be one step toward the cooperation of all people —men and women— in the building of a more just world.